

HOMENAJE A ÁLVARO FIGUEREDO

Estaba yo lejos cuando recibí la noticia del homenaje a Álvaro Figueredo celebrado en la modesta plaza de Pan de Azúcar, en donde el pueblo se congregó junto a la estela de piedra y a la voz temblorosa de los amigos que exaltaron la obra del Poeta.

Yo peregrinaba entonces por viejos pueblos de España y mi corazón se detenía a sentir los signos de amor que, en los más remotos y humildes sitios, sostienen en un aire conmovido el recuerdo de los grandes creadores. Y muchas veces pensé con tristeza en la indiferencia y el olvido que hacen un muro de sombra alrededor de nuestros artistas.

Fue en días como aquellos cuando supe el gesto noble de las gentes de Pan de Azúcar. Y evocé el paisaje que con su hermosa geografía y con su gracia lejana atrajo tantas veces a mis ojos y a mi alma. Siempre que llegaba a ese sitio, cuando lo divisaba desde algún camino, tenía que decir a quien quiera que me acompañase: "En ese pueblo vive uno de los más grandes poetas de nuestro país; uno de los más puros creadores de la poesía hispano americana contemporánea".

Bajo el cielo de Moguer, entre los signos conmovedores de la devoción de aquel pueblo por su gran poeta de "Platero y yo", sentí yo un agradecimiento no exento de cierto orgullo al que atenuaba, en finos matices, la emoción tierna con que soñé entonces el aire ligero, la luz dulce, los niños pobres del pueblo de Álvaro Figueredo. Aquí se había respondido con nobleza, a la fidelidad del poeta, a su don fraterno, a su alta canción desvelada como una llama alerta entre el aire, la luz, y los pobres de Pan de Azúcar.

Todo aquello me llevó a meditar en la relación del creador con su sitio. Una relación que está más allá del pintoresquismo banal; que arraiga en el misterio del ser y que lleva al creador a realizarse a sí mismo con una fidelidad conmovedora.

Álvaro Figueredo quiso siempre vivir en su pueblo de origen. Ningún halago, ninguna perspectiva, ninguna posibilidad; ni las insistentes y persuasivas de los amigos fueron para él tentación vencedora. Era difícil llevarlo a nuestra ciudad para conversar con él o para escucharlo en aquellas disertaciones memorables en que la lucidez y el encanto se concertaban con una profundidad original admirable. Volvía siempre apresurado, anhelante, a este pueblo cuyo nombre parece inventado en un deleitoso sueño de infancia. Allí aprendió el poeta una sabiduría ligada a su sangre y a sus huesos y sobrenaturalizada por un visible y misterioso toque de la Gracia. Y este vivir fiel, con todo el ser tendido a la esencial raíz, le dio posibilidades para crear una obra profunda, singularmente concentrada, caracterizada por grave trascendencia.

Así como viendo y sintiendo aquel encanto singular de Moguer y de la "Andalucía recóndita" supe hasta qué punto Juan Ramón Jiménez nos reveló en su nivel de "andaluz universal" –según su un visible y misterioso toque de la gradual complejo por el que nuestro poeta, fijo en su tierra, fiel a su tierra, supo llevar su arte a niveles del arte más puro: más libre y más abstracto.

Habló de los próceres; de los campesinos; de los héroes de la vida cotidiana; cantó el paisaje de su región; evocó el habla y el carácter de sus hermanos. Llegó así a la preciosa zona de arte y vida en que se pintan lenguaje y paisaje según de modo intenso supo Miguel de Unamuno. Y llegó, de grado en grado, de experiencia en experiencia –con una frescura de savia viva como la del Árbol de los Ejemplos de Raimundo Lulio– a crear poemas de alta estirpe, en que belleza y enigma son una sola flor abierta en nueva melodía, en un saber de misterios revelados según original estilo.

En “Mundo a la vez” aparece la flor última, nacida de un proceso sin inercias; el proceso de un alma y una vida entregadas heroicamente a la Poesía, quemadas en ardiente sacrificio que nos haría llorar si no fuera porque los poemas, puros, logrados, perfectos, tienen aquel misterioso poder que fue señalado como supremo don de la obra de Arte. Dijo Torres García: “Las columnas del Partenón no lloran ni ríen: cantan eternamente”.

La poesía de Álvaro Figueredo es una poesía viva en sí, nacida de la más honda y auténtica experiencia. Requiere por eso, en el lector, una actitud reverente: la del que lee situándose más allá del sentido lógico, renunciando a la explicación discursiva, escolar, racional, para entrar, mediante un contacto directo, con el poema y con su autor, en el sentido ontológico, profundo de la obra. Ejercicio éste por el que el lector llega a conocer, en la zona viva donde el conocer se liga al ser, y en donde, por eso, el conocimiento poético lleva a la más viva comunicación humana entre lector y creador, hondo sentido social de la obra de Arte, que el más entrañable hermetismo. Por el contrario, ese más entrañable hermetismo, tal se da en la poesía de Figueredo puede despertar los más esenciales ecos del yo del lector próximo a los más esenciales ecos del yo creador.

Ese hermetismo, ligado a la íntima relación de belleza y enigma, se anunciaba ya en ciertas calidades de los primeros versos de nuestro amigo, de aquellos versos en que apareció –diáfano y vibrante– el sentido humano de los temas y un aire tenso que los emparentaba con la fuerte y delicada poesía de Parra del Riego.

Todo ello se ligaba a una afinidad de vocación y temperamento de los dos creadores; se manifestó sobre todo en el dinamismo de sus imágenes, y no significó, naturalmente, en Figueredo ningún desmedro del acento personal, de ningún modo avasallado por la admiración entusiasta sentida ante el autor de los Polirritmos.

En ambos poetas se siente un pulso característico: la relación viva del Arte y de la solidaridad humana; el sentido directo, social del Arte, fuera de fórmulas y consignas; y un entrañable amor a la libertad que purifica el vuelo de esta poesía original, valiente, sostenida en la pureza del Espíritu y en su más sostenido vuelo.

Vuelvo a evocar la vida heroica de Álvaro Figueredo y su tensa voluntad de sacrificio. El poeta no quiso abandonar su sitio pobre y entrañable, ni eludir las dificultades de su paso alterno entre la realidad y el sueño, entre el trabajo forzado y el canto libre. Fue un creador solitario, intensamente capaz de soledad; fiel a su concepción estética, sin declinaciones hacia el falso diálogo, hacia el “arte comprometido”, hacia la moda frívola.

Escribió con sangre y restañó, con la noble presencia de su ser y de su poesía, la sangre de muchas heridas. Cuando pienso en esto siento un sufrimiento agudo hasta las lágrimas. Pero en el recuerdo aparece súbitamente aquella cara suya, aquella lucidez de su presencia radiante; y la vida perenne de su obra intensa y generosa en la que alienta el más vivo amor por la Poesía, por el hombre creador y –tal en un lejano Whitman– por el “enigma de Dios” sentido en los niveles del conflicto fáustico cristiano cuyo dramatismo tan ahincadamente quiso descubrir nuestro profundo poeta.

Y entonces todo es puro, victorioso y feliz en el recuerdo de Álvaro Figueredo: y él se da en nosotros como una lección cantada que el Espíritu custodia.

Esther de Cáceres

Para “La Ballena de Papel”, en la Primavera de 1968.